

## Sinceridad

La prensa ha publicado las declaraciones de don Arturo Fernandez Pradel y del doctor Kappes, sobre el desgraciado incidente que costó la vida al diputado por Santiago, don Guillermo Eyzaguirre,

Esas declaraciones, publicadas ahora, que la pasión política ha pasado y permite ver claro, demuestran cuan poca importancia suele atribuirse por algunas personas a la verdad política.

En las opiniones del doctor Kappes y del señor Fernandez Pradel, únicos testigos aliancistas que winierpn a Santiago después de la tragedia, se basaban los artículos del diario liberal que negaban al incidente todo carácter de duelo y llamaban asesinos a la Coalición, y a los candidatos sustentados por ella.

Sin embargo, los señores Fernandez Pradel y Kappes, habían declarado en el proceso que el duelo era correcto.

¿Como explicar tal desacuerdo?

O los testigos habían engañado a "La Mañana", o esta falseaba sus declaraciones....con asentimiento tácito de los testigos.

En uno y otro se faltaba igualmente a la verdad.

Personas respetables cayeron en el engaño. Un senador habló en el Cementerio, repitiendo los conceptos que tendían a hacer cuestión política lo que era un incidente personal, y dos dignos ancianos, llenos de méritos y de talento, publicaron artículos que de seguro no habían escrito si hubieran conocido los antecedentes del proceso.

Ante la conciencia católica, duelo y asesinato tienen el mismo significado. La ley hace diferencias y toma en cuenta la sujeción de los contendores a las prácticas a que se ciñen estos combates singulares.

Por eso "El Diario Ilustrado" al condenar el duelo, como un acto inmoral, y al pedir el castigo de los culpables, llamaba al propio tiempo, la atención hacia la posibilidad de que el incidente se hubiera sometido a esas reglas, a pesar de la extraña forma en que se presentaban los hechos. Un gráfico, publicado en esos días, demostraba la probabilidad de que en un duelo pudiera uno de los combatientes resultar herido por la espalda en los momentos en que hacía fuego contra su adversario; los artículos reproducidos de los diversos códigos del honor, demostraban, además, que estos no estaban de acuerdo acerca del momento en que los duelistas podían hacer uso de sus armas; y las noticias que se tenían acerca de la hora y la situación atmosférica en que se desarrolló el trágico suceso, dejaban margen para creer más bien en una desgracia que en una villanía.

La sola insinuación de estas hipótesis, levantó nubes de protesta. Al interés partidarista parecía no bastarle una víctima y quería a toda costa hacer otra.

Los testigos que conocían la verdad toda entera, y habían prestado sus declaraciones ante la justicia, no fueron capaces, sin embargo, de poner coto a la malevolencia y suspicacia de los comentarios, repitiendo con franqueza lo dicho en el proceso.

También ellos, como ha dicho un distinguido escritor, no vacilaron en avivar la hoguera de los rencores políticos, con las tablas de un ataúd.

Ahora que la calma ha vuelto a todos los espíritus, vale la pena preguntar: ¿que se ha sacado con ocultar la verdad y dar pábulo a la maledicencia y la calumnia?

Han pasado apenas unos meses, la verdad ha vuelto a lucir, y el juicio - siempre ligero y cambiante del público, - se torna ahora en contra de los que pretendieron engañarle.

Cuanto mejor habría sido decir honradamente la verdad.